

LUIS ANTONIO DE VILLENA

**EL FIN DE
LOS PALACIOS
DE INVIERNO**

**(RECUERDOS DE INFANCIA Y
PRIMERA JUVENTUD. 1951-1973)**

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: octubre de 2015

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *Retrato del autor, niño*

© Luis Antonio de Villena, 2015

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2015

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-16453-12-2 • DEPOSITO LEGAL: V-1885-2015

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

*Para Ángela García Arteaga, mi madre, fallecida
al poco de que yo concluyera estas páginas.*

Por las muchas cosas de este libro que me confió.

Por el inmenso amor y la sabia ternura.

Por el otro libro que le debo y que no es éste todavía.

“La auténtica medida de la vida es el recuerdo”

WALTER BENJAMIN

Cuando uno considera su vida (escribo estas líneas al acabar) sabe que deja muchas cosas calladas, pese al afán, al deseo de expresarse. No se puede decir todo. No sería recordar... Y sobre todo –al menos esto me ha pasado a mí– ve, con extrañeza, las vidas que hemos podido tener, que pudimos tener, y que no hemos tenido todavía y algunas (muchas) ya no las tendremos. Si yo me hubiese ido, como estaba previsto, con veinte años a Taiwán a aprender chino, ¿no hubiese sido muy otra, pero mucho, mi vida? Si por una casualidad, que ahora me parece rara, porque no ocurrió, pero que pudo ser buenamente posible, yo, a mis diecisiete años, me hubiera encontrado con alguien de cuarenta que me hubiera enseñado a vivir y a amar, cosas que aprendí mal, ¿no sería muy otra, nuevamente, mi vida? Y si yo, en lugar de escritor hubiese elegido ser actor o pintor –vocaciones más tímidas, pero que tampoco me han faltado y me acosan–, ¿no hubiera sido todo mi vivir enormemente distinto? Ignoro si mejor o peor, pero ¡tan diferente! Todo queda en las neblinas del fondo, como posibilidades que se ciernen, inconcretas. Que pudieran haber podido ser, con justicia. Cierto. Pero me cumple decir como a la gran y desdichada Tsvietáieva: “Hay algo que nunca supe hacer: vivir”. Y yo, pese a tantos sucedidos, distintos, pero varios como los suyos, infelices muchas veces, felices, jubilosos algunas otras, me reitero. No puedo dejar de hacerlo: no supe vivir. Y vivo, he vivido... Cansado, a mi pesar. O radiante, los fúlgidos momentos. ¡Cuánta extrañeza!

AROMAS PERDIDOS

Siempre he sido muy aficionado a leer libros de memorias o recuerdos, y en casi todos los que he leído, y como la mayoría de la gente adulta a la que oigo hablar de su infancia, terminan evocándola sustancialmente como un paraíso algo ingenuo y feliz... Con pequeños enfados y algún contratiempo, pero esencialmente feliz y casi siempre elevando un tanto (a veces mucho) la categoría o el estatus social de su entorno. Antes de conocer las teorías de Freud, según las cuales los adultos “reconstruyen” su infancia como un paraíso para así refugiarse en ella, yo ya podía declarar abiertamente que mi infancia fue poco feliz (bastante poco feliz) sobre todo a partir de los ocho años –algo más, quizá–, edad que tenía cuando mi padre se marchó y murió enfermo después.... Quizás algo antes ya no era del todo feliz, porque sabía –sin que me lo dijeran expresamente– que él estaba enfermo y por eso me habían llevado al chalé de mis abuelos maternos en Chamartín, para que no viera su deterioro y su final y para que mis ruidos de niño que jugaba no molestaran al desahuciado terminal que (pobre hombre) parece que al fin se quejaba de todo, porque todo lo perturbaba... ¡Debió de ser terrible! Cuando en Chamartín, jugando con mi prima, entendimos (acaso ella lo oyó) que mi padre acababa de morir –casi un año después de regresar de la pequeña aventura en Estados Unidos–, vino a mi lado, en el jardín, y me dijo muy solícita que casi debía alegrarme

porque mi padre, muerto algo antes, iba a librarse del fin del mundo que nos alcanzaría a todos con sus catástrofes innúmeras en ese terrible año de 1963. Nunca supe de dónde sacó ella esa predicción, o si infantilmente se la inventó, para aliviarme el daño. Pero la tristeza (una honda y muda tristeza) ya se había asentado sólidamente en mi alma... Y me parece que no la ha dejado enteramente nunca. ¡La feliz y venturosa infancia! Nunca he creído en ella. Yo aprendí en ella a deprimirme. A menudo pienso (al contrario) que los niños son seres algo salvajes pero muy desdichados, pues lloran a menudo y de continuo les ponen trabas –con razón probablemente– a muchos de sus reiterados deseos y caprichos locos, pero trabas al fin y al cabo...

Y hay que ponérselas, pues nada es más salvaje e hispido que un niño o una niña maleducados, y cada día hay más y son más cazurros e insoportables. No he tenido hijos y me alegro mucho de que así haya sido. En un mundo tan malo es una responsabilidad tremenda, excesiva. Adoptar, como mucho. Pero se me pasó la edad, me parece. Sin embargo es posible que yo haya tenido también (con sus naturales berrinches) una infancia feliz, muy lejos, muy remota. Sólo hasta mis siete años. Cuando jugaba con otros chicos en el patio-jardín del piso que debió ser la casa de mis padres, la casa familiar, nunca demasiado familiar, nunca demasiado frecuentada; o cuando jugaba en los grandes jardines de las casas de Chamartín (en los veranos, sobre todo) con mi prima Mercedes y alguna de sus amigas... De ese tiempo sólo conservo retazos muy vivos de imágenes, pero sí, algunas son felices. Esencialmente las de un niño en pantalones cortos (yo) que juega con otros niños a juegos remotos y anticuados: a indios y vaqueros, a la peonza, a pídola, al escondite, al rescate, a la lima, si había llovido... Algunos dirán: ¿y qué es todo eso? Eran juegos de pura imaginación, saltos o

carreras, salvo la de hacer bailar la peonza en el suelo, después de lanzarla recubierta con un cordel que le daría fuerzas, al desenroscarse, para su giro... También patiné algún tiempo, pero eso fue algo después. Igual que monté mucho en bicicleta. Extrañamente, con la edad echo de menos la bici (que tan familiar me fue en la infancia y primera adolescencia), pero Madrid es una ciudad que, entre otros inconvenientes, ha declarado tontamente la guerra al carril-bici. Aquí casi no existen. Tengo en mi memoria (muy, muy atrás) una brumosa infancia feliz siendo muy pequeño, y cuando trato de pensar todo aquello es como si tratara de recorrer o reconquistar un país pasado y perdido. Un mundo que ya no existe. Que cada vez existirá menos, y al que tampoco estoy seguro de que quisiera regresar. No, no querría. Los inviernos con grandes nevadas, el verano repleto de moscas, los pequeños colegios de barrio (tan antiguos) y las criadas de casa (las “chachas”, se decía entonces) con su vaga nostalgia de sus lejanos pueblos abulenses. El mercado (al que las acompañaba, que hoy parecería absolutamente falto de higiene); los Nacimientos navideños con figuritas de barro y ríos de papel de plata, la harina por nieve; los piperos de las calles, donde se compraban caramelos, regaliz y bolitas de anís por diez céntimos de peseta, lo que aún se llamaba “una perra gorda”... ¿Dónde están las nieves de antaño, Príncipe? Y lo que es peor, ¿para qué nos servirían? Viven sólo dentro de cada uno de nosotros, nunca son iguales, y mueren cuando se intenta darles vida fuera del mero recuerdo. ¿Olvidar? Ni es posible ni deseable. Pero tampoco existen fuera, sólo se puede convivir con esa nostalgia (a veces fuerte) que está en nuestro corazón pero que no puede estar, imposiblemente, en ninguna otra parte... ¡Vaga bruma de una antiquísima felicidad! Sólo en la sensación vives, porque cuando la razón intenta reconstruirte, comprueba (no sin traición) que

tampoco eran tan suculentos los motivos para la dicha. Pese a los soldados romanos de plástico y en colores, el juguete al que he guardado mayor fidelidad.

Yo era el único hijo de dos troncos familiares muy distintos. Aunque vivían en Madrid desde 1930, los miembros de mi familia materna tenían orígenes rurales, segovianos. La familia de mi padre pertenecía a la alta burguesía madrileña con una abuela (bisabuela mía) alemana. Una familia con empaque y pretensiones que se había ido desestructurando desde que mi abuelo Antonio murió de tuberculosis al poco de iniciada la Guerra Civil... Quiero irlo contando todo (porque casi todo fue singular) pero no quiero hacer un memorándum; mejor –mucho mejor– una galería de retratos con algo de impresionista. Eso intento, entonces.

Baste reiterar que a una muy remota infancia feliz le siguieron otra infancia y primera adolescencia con un continuo fondo de desdicha. En mi casa era un niño mimado y archiprotegido, de nada me faltaba, pero en mi corazón anidaba la mancha oscura, umbrosa, de la desaparición de mi padre (mucho más dolorosa de lo que pude creer de entrada), el acoso escolar, durante años por parte de brutales y salvajes compañeros a los que aún deseo odiar, una incapacidad para tener amigos porque –sin razonarlo– en el otro veía al enemigo potencial, y todo ello aumentado por una innata tendencia en mí al idealismo, que pronto se veía zaherida o frustrada. Fui conscientemente idealista desde que fui un estudiante que pensaba, pero el idealismo visceral habitaba de siempre en mí porque tendía a considerar que mis sueños, deseos y voliciones habrían de coincidir puntualmente con el mundo exterior. Como esto casi nunca sucedía y en ocasiones acaecía más bien lo contrario, yo me desesperaba. Luego (mucho después) he comprobado que esa desesperación es inútil. El mundo –y la gente– distamos mucho de

cualquier idealidad y máxime de una bondadosa y estética como era –y pese a todo– ha seguido siendo, de algún modo, la mía. Pero por daño que me haya hecho esa pulsión idealizante, nunca he podido plenamente evitarla. Vive en mí tan honda que, en ocasiones, también ella es la perfeccionista causante de algunas mentiras. Fui, en fin, un niño triste, doliente –con ratos de mucha felicidad, ratos tan sólo– y tenaz, tercamente idealista. Como el que cree en un paraíso (que debe esperarte) en cuanto vuelvas la esquina.